

5 € julio 11 | nº 15

atlántica

revista asturiana de información y pensamiento

XXII



15-M,
la indignación
colectiva
Los medios,
enteros del poder

La
Marea llega a la
financiación
de los **partidos**



Proceso constituyente

Cientos de acampadas descoordinadas difuminaron las propuestas iniciales de Democracia Real Ya y la identidad del movimiento. Necesariamente tenía que ser así. Personas diferentes sociológica e ideológicamente se juntan en un espacio de debate y, al compartir visiones, empiezan a repensar el mundo. Ya no hay límites. Pero surge el problema de las propuestas: inclinarse por algunas determinadas y específicas lleva a desmarcarse de aquellos que no las comparten. Más allá, el 15-M no sólo defiende unos fines sino una metodología: el asamblearismo (costoso en tiempo y esfuerzo aunque gratificante al lograr consensos), la democracia directa y el aprendizaje mutuo ciudadano. Plantea una crítica de raíz al sistema de partidos políticos que defienden mayor democracia y justicia social mientras bloquean la democracia interna en sus propias organizaciones, limitan la libertad de expresión y persiguen, cuando no expulsan, a sus militantes críticos.

El 15-M tiene sentido porque defiende, en su versión restrictiva, tres ideas básicas que comparte el noventa por ciento de la ciudadanía y apenas ningún partido político o sindicato: democracia en el sistema político y dentro de partidos y sindicatos, ética en los representantes políticos (no a privilegios y corrupción) y la demanda de que la crisis no la paguen los que menos tienen, sino los que la crea-

ron. Propone evitar que los poderes económicos controlen al poder político por medio de una mezcla de movilización social e incremento de los mecanismos democráticos. Cuanta más democracia y control popular exista, más difíciles serán las influencias externas de mercados y poderes económicos.

En su versión amplia, el 15-M propone un nuevo concepto de pueblo y de soberanía popular, bajo un modelo confederal de coordinación. Ante una Constitución de 1978 que había emergido como un pacto entre los diversos representantes políticos y que se afianzó por las ansias de dejar atrás la dictadura, el 15-M abrió la esperanza —frustrada de momento— de desarrollar un proceso constituyente de reconstitución de las bases del Estado.

El 15-M ha venido para quedarse. Ya ha conformado una red de contrapoder político que lucha por paralizar iniciativas antipopulares (como el Pacto del Euro o los desahucios inmobiliarios). En segundo lugar, puede suponer una reactivación de los movimientos sociales y vecinales, pero también de una izquierda popular, amplia y radicalmente democrática. En tercer lugar, muestra la crisis de los medios de comunicación tradicionales, afectando a su credibilidad y favoreciendo el uso alternativo de la información procedente de redes sociales. ■

Todavía quedan demócratas en la Democracia Real

Holm-Detlev Köhler | Profesor de Sociología de la Universidad de Oviedo.

mucho antes de su caída, el socialismo real de los países soviéticos había exterminado de forma radical y brutal a los socialistas y las democracias reales occidentales parecían haber eliminado a los demócratas, aunque de forma mucho más suave, más bien adormeciendo al pueblo mediante rutinas burocráticas, entretenimientos infantiles y discursos demagógicos vacíos de contenido. Pero fue gracias a los moros, es decir, al despertar de los pueblos árabes, que la juventud española descubrió el espíritu democrático ahí donde se había refugiado: fuera de las instituciones, en las nuevas redes de comunicación horizontales.

Son tres las innovaciones políticas de este movimiento capaces de contribuir a la reanimación de la vida política y de nuestra democracia: el concepto de «indignación», la forma de organización como movimiento social y las propuestas concretas para solucionar una profunda crisis de la democracia representativa.

¿Qué es la indignación? El sentimiento expresado por los indignados tiene dos dimensiones, una personal y otra social. Como personas todos nos sentimos indignados en cuanto tomamos alguna iniciativa o reclamamos algún derecho. En las empresas nos llaman recurso humano pero nos tratan como mercancía a explotar sin invertir ni en formación ni promoción. En las administraciones y empresas públicas el corporativismo

y el interés burocrático nos impiden desarrollar nuestra profesión y prestar un servicio eficaz a la ciudadanía. Y cuando como ciudadanos solicitamos cualquier concesión o permiso nos encontramos con auténticas tramas de tráfico de influencias y de corrupción. Las policías locales, por su parte, están repletas de agentes que practican sistemáticamente la chulería y la humillación de los ciudadanos. Y si nos dirigimos a los políticos responsables éstos reconocen gran parte de los problemas pero expresan su incapacidad de afrontarlos.

Traducido al ámbito general, los indignados expresan sentirse engañados, defraudados, menospreciados y abandonados por la clase política dominante. Los partidos políticos se han fundido con las administraciones públicas para atender a unos pocos poderes fácticos, a las grandes empresas y bancos y a algunas asociaciones corporativas de tipo patronal y sindical. Basta con un par de ejemplos para ilustrar el fracaso generalizado de la política. La crisis actual la pagan los ciudadanos, los desempleados, los jóvenes sin perspectiva, los empleados con recortes salariales y los hogares con recortes sociales, mientras no se ha tomado ni una sola iniciativa para controlar los mercados financieros y frenar nuevas burbujas. Es más, se están cargando las cajas de ahorro que han contribuido durante casi dos siglos a la estabilidad financiera, a la financiación de pequeñas empresas y proyectos fuera del interés de los bancos privados y que han dedicado una parte de sus beneficios a la obra sociocultural. Es cierto que algunas han actuado de forma errónea durante el *boom* del ladrillo, incentivadas por el Banco de España y el Gobierno, pero no han pasado por crisis periódicas y rescates con dinero público como los bancos españoles desde los años ochenta. Ahora se les privatiza y se les bancariza en el peor momen-

to, hundiendo su valor y entregándolos a fondos especulativos árabes y chinos a precio de chatarra. No puede haber peor política para este sector, pero es una política consensuada entre los grandes bancos y los grandes partidos políticos.

Sólo un ejemplo más de esta lista infinita de políticas indecentes, antisociales y consensuadas: el alcalde de Santervás de Campos, de 141 habitantes, opta por la asignación del almacén atómico en una convocatoria del Ministerio de Industria. El Gobierno de la nación delega la decisión sobre una medida política de alto riesgo para la población española, y más allá de ella para las futuras generaciones, a unos alcaldes de un pueblo de menos de mil habitantes. Una política más irresponsable es difícil de imaginar.

El mismo Gobierno socialista y el anterior del PP habían fomentado la construcción masiva de edificios insostenibles con materiales de baja calidad y alto consumo energético destruyendo paisajes, costas y áreas urbanas, para después decretar una ley de sostenibilidad y pedir a los ciudadanos ahorrar energía mediante bombillas y reducción de velocidad. La mala ley de sostenibilidad viene después de la masiva construcción insostenible, igual que la mala reforma laboral viene con millones de trabajadores ya despedidos en la calle. Este estilo de políticas irresponsables, incompetentes y fruto de la comunicación entre grandes empresas, bancos y clase política, sin contacto alguno con la ciudadanía, es indignante en todos los sentidos, pero carece de una alternativa electoral en las urnas.





Alternancias sin alternativas

Las elecciones ofrecen alternancias sin alternativas en un contexto de profundo fracaso de la política tanto en los contenidos como en las formas. En fin, los votantes optan cada vez más al original que a una mala copia de una política de derecha o pasan directamente a populismos nacionalistas. Los argumentos políticos, el debate racional de los problemas de la sociedad, habían salido desde hace tiempo de los parlamentos y campañas electorales y ahora han vuelto a su lugar histórico original, al ágora de las plazas centrales de las ciudades y a la autoorganización de los ciudadanos.

Lo más desconcertante para la clase política en el poder es la forma de organización de los indignados, que no tienen rostros visibles, que evitan líderes mediáticos, que consiguen convocatorias masivas de forma invisible y que demuestran un civismo tan ausente en la sociedad en general. Mientras las instituciones políticas, junto con la Iglesia, están en bajos históricos de valoración por parte de los ciudadanos, el Movimiento 15-M despierta una simpatía casi generalizada entre la población por su carácter cívico, pacífico y el buen razonamiento de sus reivindicaciones. Los del 15-M han abierto un nuevo espacio democrático en una sociedad política cada vez más cerrada y frente a una clase política cada vez más ensimismada y alejada de los problemas reales de la ciudadanía. La autocomunicación de los ciudadanos en red escapa del control de las instituciones y medios de comunicación tradicionales. Otra vez el poder no está en el palacio sino en la plaza y el impacto del Movimiento 15-M supera con creces al de la última huelga general de los sindicatos. Se trata de una nueva forma de acción colectiva, de superar el aislamiento de consumidores pasivos de informaciones precocinadas.

Con las recientes elecciones Asturias ha vuelto en cierta medida a los principios de los años setenta con un viejo caudillo en el poder, el arzobispo predicando política reaccionaria desde el púlpito y la única oposición en la calle. En el resto de España, la confianza en las instituciones democráticas tampoco es mayor y la gente vota a demagogos corruptos o como mal menor a burócratas ineficaces e incompetentes. El origen árabe del movimiento es mucho más directo de lo que pueda parecer a primera vista. Las reivindicaciones básicas –participación política, acabar con la corrupción y perspectivas económicas para una juventud bien formada– son idénticas. La diferencia está en que la juventud en estas sociedades es mayoría y se enfrenta a regímenes autoritarios y represiones militares. En nuestra sociedad la juventud es una minoría decreciente y ya sabe que la democracia de baja intensidad no soluciona ni la corrupción e ineficacia de la gestión pública ni la injusticia inherente de la economía capitalista.

Finalmente cabe preguntar por el futuro del movimiento. Sus seguidores se han retirado de las grandes plazas pero siguen en la red y movilizándose en la calle. La reanimación de la demo-

cracia no puede venir de la clase política ni de las instituciones tradicionales: requiere la fuerte presión de un movimiento social reivindicando los valores y principios democráticos. Quedarse al margen de las organizaciones políticas tradicionales es, por lo tanto, condición indispensable para el futuro del movimiento. De lo que se trata es un cambio en las agendas políticas, de reintroducir los problemas reales en la política real y de organizar un debate de verdad, de dar voz permanente a los ciudadanos frente a la ceguera y sordera de las instituciones políticas. Indignados con voz son ingobernables para políticos tradicionales porque tienen sus mentes libres, incluso cuando sus cuerpos son torturados. Este fue el mensaje original de Stéphane Hessel, tan verdadero como actual. Ningún alcalde puede convertir su ciudad en la perla del mundo o motor de progreso, pero todos podrían trabajar en contra de la corrupción de sus administraciones y a favor del incremento de la eficacia y de la calidad de sus servicios públicos. Tan humilde, concreta y realista es la *Spanish revolution*. ■

Multiplicándose en las plazas y en las redes

Aquilina Fueyo |

Profesora de Tecnología Educativa de la Universidad de Oviedo.

no es fácil escribir sobre un movimiento que, por su intensidad, con poco más de un mes y medio de existencia, puebla las mentes de quienes hemos participado en él, creando la falsa percepción de que lleva instalado ahí mucho tiempo. En tan breve período hemos recorrido mucho camino, logrando cosas que eran impensables poco tiempo atrás.

El Movimiento 15-M surge en las redes y se multiplica en ellas exponencialmente, con una fuerza hasta ahora desconocida, pero no se agotó en ellas, sino que, en un momento determinado, se instaló también en las plazas mediante las acampadas que dieron cobijo a cientos de personas indignadas, bajo el techo de unas frágiles «carpas» en las que esa ciudadanía también se multiplicó. Por tanto, lejos de lo que quieren hacer creer quienes lo desprestigian, es un movimiento virtual pero estremecedoramente real, que ha saltado de la red a las calles y se ha materializado en ellas, encarnándose en unas asambleas